

La libertad en el trabajo, don de Dios

Rocío Mier y Terán

Universidad Panamericana, México

El Centenario del nacimiento del Beato Josemaría es una buena ocasión para reflexionar sobre la influencia de su mensaje, precisamente, en el tema del Congreso “La grandeza de la vida corriente”. Esta comunicación quiere destacar la íntima conexión entre libertad y trabajo: quicio, piedra angular, en la espiritualidad del Opus Dei.

1. MUNDO Y HOMBRE

Tenemos la experiencia empírica de habitar en un mundo inacabado, capaz de recibir ulteriores perfecciones, un mundo por completarse y del cual dependemos; no podemos, por ejemplo, pensar en vivir sin oxígeno, o sin rayos solares. No sólo el mundo está inacabado, tenemos conciencia clara de que nosotros también somos seres indeterminados, que nos hemos de perfeccionar. Existe una distancia entre lo que somos y lo que podemos ser, entre el presente y el futuro.

El trabajo puede considerarse, bajo estas premisas, como una necesidad humana. Gracias a él, el hombre produce, transforma bienes para satisfacer necesidades indispensables para vivir. Pero, si consideramos que el hombre tiene necesidad de trabajar, que es dependiente de la materia para poder subsistir, también y con más fuerza se pone de relieve, en el análisis del trabajo, la capacidad humana de *dominar* el mundo¹.

¹ Respecto al dominio del mundo es interesante considerar lo siguiente: «...la llamada a reconocer que el dominio que el hombre posee sobre el mundo se sitúa en dependencia y en el interior del dominio que sobre ese mismo mundo posee Dios y a proclamar, en consecuencia, que el dominio humano no puede ejercerse de forma despótica, sino respetuosa de la verdad de los seres, y, por tanto, ecológica», (J.L. ILLANES, *Sentido y dimensiones del trabajo*, “Estudios sobre el catecismo de la Iglesia Católica”, Madrid 1966, p. 258).

El trabajo es una característica propia del hombre. Es intrínseco al ser humano transformar la materia para satisfacer sus necesidades y las de la sociedad². Pero al mismo tiempo, es un medio indispensable para su crecimiento. Qué duda cabe, que mediante el trabajo como actividad, el hombre no sólo da lugar al producto, sino sobre todo, se perfecciona a sí mismo. Lo realizado en el tiempo, en el mundo, trasciende como perfección humana. Las potencialidades del hombre se actualizan y plenifican en la acción. Cualquier consideración del trabajo que mire exclusivamente al producto, al resultado, estará dejando fuera la fuente, el origen de esta actividad.

El dominio que el hombre tiene sobre la naturaleza es posible, por su dimensión espíritu-corpórea³. La capacidad de relación entre medios y fines, la técnica, la posibilidad de mirar al futuro desde el presente, son llevadas a cabo en la medida en que el ser humano aporta desde su espíritu algo nuevo. El trabajo, por tanto, es una actividad que realiza el hombre en cuanto ser espiritual y corporal. El ser orgánico, sin inteligencia no puede dominar, cultivar el mundo. El ser puramente intelectual no habita el mundo, no requiere del trabajo para su subsistencia, ni será éste condición para alcanzar su plenitud.

Es claro que el trabajo no es fin. El producto extrínseco se ordena al hombre, se subordina a él⁴. Pero no sólo el producto, sino que el trabajo como actividad tampoco es fin, cumple una función medial.

Sin embargo, el dominio y gobierno que tiene el hombre sobre el mundo, exigen de éste autodomínio personal⁵. El hombre vive en continua tensión, con

«La tarea que Dios dio al hombre es que debe cuidar del mundo como criatura de Dios, siguiendo el ritmo de la lógica de la creación», (J. RATZINGER, *En el principio creó Dios*, Valencia 2001, p. 50).

² El trabajo «es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la Humanidad», (*Es Cristo que pasa*, 47).

³ «El trabajo, todo trabajo es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación», (*Es Cristo que pasa*, 47).

⁴ En este sentido puede considerarse la afirmación de H. Arendt: «Protágoras parece el más antiguo precursor de Kant, ya que si el hombre es la medida de todas las cosas, entonces el hombre es la única cosa al margen de la relación medio-fin, el único fin en sí mismo que puede usar todo lo demás como medio», (H. ARENDT, *La condición humana*, España 1998, p. 176).

⁵ «...Ese dominio que el hombre puede alcanzar mediante la materia, está en conexión con el dominio que el hombre puede alcanzar sobre sí mismo; mejor, está no sólo en conexión, sino en dependencia: sólo si el hombre es dueño de sí, sólo si el hombre tomando posesión de sí mismo, se orienta hacia el bien y hacia el valor, llegará a alcanzar un verdadero dominio sobre el mundo, podrá mediante su trabajo, contribuir al bien personal y de quienes lo rodean», (J.L. ILLANES, *Sentido y dimensiones...*, cit., pp. 252-253).

su entorno, con el mundo, pero también y sobre todo consigo mismo. La antropología ha puesto de relieve, desde la antigua Grecia, que el hombre se encuentra con la difícil tarea de constituirse en dueño de sí. Ser dueño de los propios actos significa no estar sometido, lograr, conquistar, que las múltiples y diversas dimensiones de la acción humana encuentren una raíz originaria que las dote de sentido y de señorío sobre los muchos requerimientos que se le presentan. Requerimientos externos que al alejar al hombre de su dimensión propiamente humana, lo esclavizan: el dinero, el poder, el prestigio⁶.

El autodomínio al que me refiero no es otra cosa que un paso en la conquista de la libertad. El trabajo manifiesta que el actuar del hombre no está determinado, como no lo está el mundo; el trabajo se puede realizar de muchas maneras. El hombre mediante el trabajo transforma el mundo, al mismo tiempo que se autoconstituye.

En este sentido el ser humano se forja a sí mismo mediante actos libres. *Toda acción humana está transida de libertad, todo trabajo en cuanto actividad humana proviene de un sujeto libre*⁷. Sólo el hombre puede trabajar. Y la libertad humana se expresa y concreta en toda actividad suya y por humana siempre orgánica.

2. SENTIDO RADICAL DEL TRABAJO

A pesar de lo dicho en el punto anterior, la comprensión radical, profunda, del trabajo y de la libertad humana, sólo encuentran su pleno sentido en la Revelación. La respuesta humana del sentido del trabajo termina en la autoafirmación de lo humano, la perfectibilidad del hombre no es *fin final*. La consideración del trabajo al margen del dogma de la Creación y Redención es incapaz de dar cuenta de su profundo carácter liberador.

Así lo expresa Escrivá de Balaguer: «Para un cristiano, esas perspectivas se alargan y se amplían. Porque el trabajo aparece como participación en la obra creadora de Dios, que, al crear al hombre, lo bendijo diciéndole: Procread y mul-

⁶ «Quien no pelea, se expone a cualquiera de las esclavitudes, que saben aherrojar los corazones de carne: la esclavitud de una visión exclusivamente humana, la esclavitud del deseo afanoso de poder y de prestigio temporal, la esclavitud de la vanidad, la esclavitud del dinero, la servidumbre de la sensualidad...», (*Es Cristo que pasa*, 81).

⁷ La esclavitud a la que puede dar lugar el trabajo, proviene en todo caso de libertad humana. Y es que radicalmente, la ausencia de autodomínio humano impide el recto dominio de la tierra. El desorden en el interior del hombre influye, emerge, de una u otra forma, en toda su actividad, por lo que el mundo humano, lo construido por él, es en algún sentido, una prolongación de su interioridad.

tiplicaos y henchid la tierra y sojuzgadla, y dominad en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en todo animal que se mueve sobre la tierra (*Gen 1, 28*). Porque, además, al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora»⁸.

En el texto se aprecian dos momentos de la llamada del hombre al trabajo. El primero desde la Creación, el segundo con la Redención. El trabajo no es un efecto del pecado original, es una misión originaria.

La participación en el poder creador de Dios, de la que nos habla el texto al que venimos haciendo referencia, pone de relieve, de manera implícita, la libertad. El hombre mediante actos libres da lugar, no sólo a la transformación del mundo, sino también y más radicalmente a su destino. «En la posibilidad misma de crear el propio destino desde la libertad, se pone de relieve que participamos del poder creador mediante ella». Dios entra en diálogo con el mundo porque hay libertad. El hombre es colaborador divino, partícipe de su poder creador, desde esa realidad íntima que constituye nuestro ser personal⁹.

El trabajo, para un hijo de Dios, es además, una realidad trascendente: la actividad humana ejecutada en el tiempo y en el espacio, medio indispensable para la vida personal y social, a través de la gracia, adquiere visos de eternidad¹⁰. Escrivá de Balaguer, en el texto que venimos siguiendo, afirma que el trabajo no sólo es una participación en la obra creadora, sino una realidad redimida y redentora, santificable y santificadora.

En el plan originario de la Creación, Dios otorgó, donó al hombre, la libertad, la posibilidad de asumir desde sí, su fin. Por un acto de elección humana, se introdujo en la Creación el desorden. Por un acto de libertad divina, Jesucristo restaura la Creación entera.

La libertad humana, toda acción libre del hombre, cobra un nuevo relieve en Jesucristo. La Redención no es ajena a la Creación, es la restauración de lo creado en Jesucristo. El hombre sólo es plenamente libre en Cristo, ésta es la *nueva Creación*, la única vía auténtica de la libertad. El hombre ha sido liberado de la esclavitud del pecado, por la libertad de «Jesucristo en el sometimiento»¹¹. El hombre está llamado a restaurar, re-ordenar, por su participación en Jesucris-

⁸ *Es Cristo que pasa*, 47.

⁹ «Sólo nosotros, los hombres —no hablo aquí de los ángeles— nos unimos al Creador por el ejercicio de nuestra libertad...», (*Amigos de Dios*, 24).

¹⁰ Refiriéndose al trabajo afirma Escrivá de Balaguer: «Se trata de un medio necesario que Dios nos confía aquí en la tierra, dilatando nuestros días y haciéndonos partícipes de su poder creador, para que nos ganemos el sustento y simultáneamente recojamos frutos de vida eterna», (*Amigos de Dios*, 57).

¹¹ Cfr. *Amigos de Dios*, 25.

to, los ámbitos relacionales que por el pecado fueron afectados. La llamada humana al trabajo también ha sido restaurada, es una nueva afirmación del trabajo, no ya sólo como cultivo, sino como re-ordenación. El trabajo, misión que el hombre recibe desde la Creación, «misión que el ser humano sólo puede ejercer libremente», queda ahora como una llamada a cultivar y restaurar todo lo creado. La Redención ha reconciliado la Creación, no la ha anulado.

3. SENTIDO DE LA LIBERTAD

Toda actividad humana es libre, pero la libertad no es plena en el solo acto de elección: podemos elegir mal. Por eso en una de sus homilías afirma el Fundador del Opus Dei que Dios «ha querido correr el riesgo de nuestra libertad»¹².

Se pregunta el Beato Josemaría «¿por qué —se dirige a Dios Padre— nos has proporcionado este poder? [...] Y la respuesta diáfana, precisa: amarás al Señor tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente (Mt 22, 37)»¹³. «Sólo el amor a Dios transforma la dependencia de la criatura en libertad»¹⁴. O el hombre —hijo de Dios— entrega su libertad por amor o nunca encontrará el verdadero sentido de la libertad de los hijos de Dios. «La libertad sólo puede entregarse por amor»¹⁵. No entender la dependencia humana en términos de donación, obliga a interpretar tal dependencia como límite del propio yo. Si los demás son límite de mi libertad, entonces es fácil confundir la libertad con el poder, con el dominio sobre los demás, con el deseo, siempre insatisfecho por provenir de un ser espiritual, de bienes finitos. Se reduce, de esta manera, la libertad hasta tal punto que deja de ser una vía expansiva, para ser una vía estrecha de poder y placer. Es evidente que el ejercicio de esta falsa libertad, afecta a toda la actividad humana¹⁶. El hombre, es un ser dependiente, no cabe libertad finita autocreadora, por eso la única forma de entender la dependencia sin esclavitud es el amor.

El trabajo humano, sólo encuentra, su verdadero sentido, su dimensión auténtica en la libertad de los hijos de Dios. Sólo mediante esta libertad, el trabajo es liberador porque se convierte en auténtica donación de sí. «El trabajo —en palabras del Beato Josemaría— nace del amor, manifiesta el amor, se orde-

¹² *Es Cristo que pasa*, 113.

¹³ *Amigos de Dios*, 27.

¹⁴ «Sólo cuando se ama se llega a la libertad más plena», (*Amigos de Dios*, 38).

¹⁵ *Amigos de Dios*, 31.

¹⁶ «Las relaciones con Dios son necesariamente relaciones de entrega, y asumen un sentido de totalidad», (*Es Cristo que pasa*, 46).

na al amor»¹⁷. El origen, expresión y fin del trabajo encuentran en la donación su plenitud.

En este contexto se entiende porqué por la libertad nos asemejamos a Dios. El trabajo no puede ser liberador, no puede ser *trabajo de Dios* sin la auténtica libertad¹⁸.

4. EL TRABAJO: CAUCE DE LIBERTAD

El hombre experimenta que su existencia en la tierra es pasajera, pero esta realidad innegable no puede ser ocasión para negar que en las tareas más comunes de nuestra vida podemos y debemos encontrar a Dios¹⁹. «Hemos de amar el mundo, el trabajo, las realidades humanas. Porque el mundo es bueno; fue el pecado de Adán el que rompió la divina armonía de lo creado, pero Dios Padre ha enviado a su Hijo unigénito para que restableciera esa paz. “Para que nosotros hechos hijos de adopción, pudiéramos liberar a la creación del desorden, reconciliar todas las cosas con Dios”»²⁰. Liberar la Creación, como misión, es posible, por la libertad que nos ha sido dada. El texto muestra cómo las realidades temporales, que acompañan al hombre durante su vida de manera necesaria, —somos seres orgánicos que vivimos en un mundo material— son cauce para llegar a Dios. La espiritualidad, el ser personal, la libertad, manifiestan la superioridad del hombre sobre el mundo, pero no implican la negación de éste sino que, por el contrario, la suponen. La vida ordinaria, común, transcurre en el trabajo, en nuestra ocupación diaria, en la familia, en las relaciones sociales. Éstas son la ocasión, la vía para encontrar precisamente ahí a Dios.

Todo resabio de un malentendido espiritualismo, de dicotomía antropológica, de negación del mundo o de la materia, es ajeno al espíritu del Opus Dei. No se puede ser santo en el alma y no en el cuerpo, de la misma manera, no cabe la santidad en algunas dimensiones de la existencia y no en otras. «No podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y, ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuer-

¹⁷ *Es Cristo que pasa*, 48.

¹⁸ El hombre no sólo tiene el poder de dominar la tierra, también tiene el poder de desordenarla respecto a su fin debido y desordenarse a sí mismo.

¹⁹ «...o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca. Por eso puedo deciros que necesita nuestra época devolver —a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares— su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo», (*Conversaciones*, 114).

²⁰ *Es Cristo que pasa*, 112.

po— santa y llena de Dios; a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales»²¹. En toda acción humana interviene la persona en su dimensión orgánica y en su dimensión espiritual²². La persona humana en su cuerpo y en su alma es la que está llamada a la santidad.

«Dios Padre, cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo Unigénito, que —por obra del Espíritu Santo— tomó carne en María siempre Virgen, para restablecer la paz, para que, redimiendo al hombre del pecado, ‘adoptionem filiorum reciperemus’ (*Gal 4, 5*), fuéramos constituidos hijos de Dios, capaces de participar en la intimidad divina; para que así fuera concedido a este hombre nuevo, a esta nueva rama de los hijos de Dios, liberar al universo entero del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo, que las ha reconciliado con Dios»²³.

Al ser hijos de Dios estamos llamados a vivir la vida divina, cooperando con el Creador y con el Redentor a restaurar todas las cosas en Cristo. El trabajo, toda actividad humana por común u ordinaria que parezca, puede y debe insertarse en el orden de la gracia, en el plan divino de la Redención. «Todas las cosas son vuestras, pero vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios»²⁴. El texto de San Pablo hace explícito cómo a través de Jesucristo, el hombre puede reconciliar con Dios todo el ámbito de la Creación, todo trabajo, todo el mundo material. Es la libertad de los hijos de Dios, ‘donación del don recibido’, del ser y del obrar, al Padre mediante el Hijo en el Espíritu Santo, la que puede reconciliar la Creación. Así se expresa el Fundador del Opus Dei en su predicación: Pide a Cristo «que nos haga colaborar humilde y fervorosamente en el divino propósito de unir lo que está roto, de salvar lo que está perdido, de ordenar lo que el hombre ha desordenado, de llevar a su fin lo que se descamina, *de reconstruir la concordia de todo lo creado*»²⁵.

El trabajo adquiere una nueva dimensión: lo realizado en el tiempo, en la realidad material, no sólo sobrepasa su propia caducidad por la perfección humana a la que da origen, sino que por el misterio inefable de la Redención, mediante el trabajo realizado por un hijo de Dios, el mundo mismo culmina en dar gloria a Dios.

²¹ *Conversaciones*, 114.

²² «Dado que el trabajo en su aspecto subjetivo es siempre una acción personal, “actus personae”, se sigue necesariamente que en él participa el hombre completo, su cuerpo y su espíritu, independiente del hecho de que sea un trabajo manual o intelectual», (JUAN PABLO II, Enc. *Laborem exercens*, 5, 24).

²³ *Es Cristo que pasa*, 183.

²⁴ *I Cor 3, 22-23*.

²⁵ *Es Cristo que pasa*, 183. Las cursivas son mías.

Una de las implicaciones del mensaje del Beato Josemaría se encuentra en clara tensión con algunos criterios contemporáneos de la valoración del trabajo. En una sociedad donde el trabajo es —bajo parámetros quizá exclusivamente pragmáticos— valorado al margen de su ejecutor, Escrivá de Balaguer advierte: «Es hora de que los cristianos digamos muy alto que el trabajo es un don de Dios, y que no tiene ningún sentido dividir a los hombres en diversas categorías según los tipos de trabajo, considerando unas tareas más nobles que otras. El trabajo, todo trabajo, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación»²⁶. La dignidad del hombre se manifiesta, entre otras cosas, en su trabajo. Por trabajo se entiende toda la actividad ordinaria al margen de su retribución o valoración social²⁷. El que vuelve digno al trabajo es el hombre en quien reside propiamente la dignidad. En la medida en que con el trabajo, con su acción, el hombre transforma o establece estructuras, en esa medida *humaniza*, dignifica el mundo.

La filiación divina, la participación de la misma vida de Dios²⁸, le da al trabajo una dimensión sobrenatural. Toda acción humana realizada en gracia de Dios, se mide, si se acepta la expresión, por la intensidad de amor con la que es ejecutada²⁹. La enseñanza paulina «ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios»³⁰ pone de manifiesto cómo no hay actividad, por elemental que parezca que no pueda ser cauce para llegar a Dios³¹. «Al elevar todo ese quehacer a Dios, la criatura diviniza el mundo. ¡He hablado tantas veces del mito del rey Midas, que convertía en oro cuanto tocaba! En oro de méritos sobrenaturales podemos convertir todo lo que tocamos, a pesar de nuestros personales errores»³². Las jerarquías laborales quedan desdibujadas, porque el ser humano es quien confiere dignidad al trabajo. Sin embargo, bajo la óptica de la Redención es la donación de sí, mediante Jesucristo, la que eleva lo natural al orden sobrenatural, lo temporal a lo eterno.

²⁶ *Es Cristo que pasa*, 47.

²⁷ «Las palabras trabajo o trabajo profesional han de ser entendidas con la amplitud que les otorga el Fundador del Opus Dei, es decir incluyen en ellas no sólo el trabajo en sentido estricto sino todas las relaciones interpersonales sociales, etc., que de él derivan, es decir la entera vida ordinaria en cuanto que matizada por el trabajo», (J.L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, Madrid 1981, p.95).

²⁸ «...lleguéis a ser partícipes de la naturaleza divina», (2 Pe 1,4).

²⁹ «Ante Dios, ninguna ocupación es por sí misma grande ni pequeña. Todo adquiere el valor del Amor con que se realiza», (*Surco*, 487).

³⁰ *I Cor* 10, 31.

³¹ «La vida corriente ordinaria no es cosa de poco valor: todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo, que nos llama a identificarnos con El, para realizar —en el lugar donde estamos— su misión divina», (*Es Cristo que pasa*, 110).

³² *Amigos de Dios*, 308.

Los criterios humanos sobre la división del trabajo quedan superados, porque la vida ordinaria es elevada, adquiriendo dimensiones divinas³³. El trabajo se vuelve entonces verdaderamente libre³⁴, no hay viso alguno de esclavitud, por mucho esfuerzo y cansancio que lo acompañe: «porque —escribe el Beato Josemaría— el pecado habita todavía de algún modo en nosotros, el cristiano percibe con claridad nueva toda la *riqueza de su filiación divina, cuando se reconoce plenamente libre porque trabaja en las cosas de su Padre*»³⁵. En el Opus Dei hay personas de cualquier profesión: abogados, amas de casa, médicos, obreros, catedráticos, campesinos, políticos, artistas, etc., que trabajan libremente, porque las ataduras y limitaciones propias de la condición humana, adquieren una nueva dimensión en la libertad de los hijos de Dios.

La vocación sobrenatural al trabajo, no anula las capacidades humanas o las vuelve indiferentes, por el contrario, exige su propia perfección. Así como se puede decir que la Redención es una afirmación de la Creación³⁶, la elevación del trabajo al orden sobrenatural supone el trabajo realizado con la humana perfección posible³⁷.

«No presentaréis nada defectuoso», nos amonesta la Escritura Santa, pues no sería digno de Él (Lev 22, 20). Por eso, el trabajo de cada uno, esa labor que ocupa nuestras jornadas y energías, ha de ser una ofrenda digna para el Creador, *operatio Dei*, trabajo de Dios y para Dios: en una palabra, un quehacer cumplido, impecable»³⁸. No cabe ofrecer a Dios un trabajo, una acción que no sea perfecta en su ámbito. Perfecta no sólo por lo que se realiza, sino por el esfuerzo, y competencia en la ejecución. La dimensión divina asume la humana, no la anula. Pero no anularla significa elevarla contando con su perfección propia. Contar con su perfección implica potenciar toda la capacidad humana de crecimiento, no como autoafirmación, sino como quien recibe un don que sólo donándolo se plenifica.

³³ «El cristiano vive en el mundo con pleno derecho, por ser hombre. Si acepta que en su corazón habite Cristo, que reine Cristo, en todo su quehacer humano se encontrará —bien fuerte— la eficacia salvadora del Señor. No importa qué ocupación sea, como suele decirse, alta o baja; porque una cumbre humana puede ser, a los ojos de Dios, una bajeza; y lo que llamamos bajo o modesto puede ser una cima cristiana, de santidad y de servicio», (*Es Cristo que pasa*, 183).

³⁴ Cfr. F. OCÁRIZ, *Naturaleza, Gracia y Gloria*, Pamplona 2000, p. 204.

³⁵ *Es Cristo que pasa*, 138. Las cursivas son mías.

³⁶ «La Redención no puede darse sin Creación ni contra la Creación» J. RATZINGER, *En el principio...*, cit., p.103.

³⁷ «No basta querer hacer el bien, sino que hay que saber hacerlo. Y, si realmente queremos, ese deseo se traducirá en el empeño por poner los medios adecuados para dejar las cosas *acabadas*, con humana perfección», (*Es Cristo que pasa*, 50).

³⁸ *Amigos de Dios*, 55.

El trabajo humano es necesariamente libre. El gran don de Dios, la libertad se actualiza y plenifica en la vida ordinaria. Pero la libertad del hombre, desde la Redención, ya no es libertad sólo humana, es la libertad en Jesucristo. El trabajo, encargo divino, alcanza una nueva dimensión en y a través de la libertad de los hijos de Dios.